

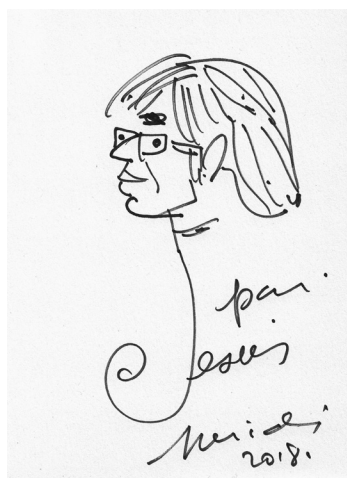


41 DÍAS EN BAMBERG

Jesús Chacón Martínez

41 DÍAS EN BAMBERG





Primera edición: abril de 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Jesús Chacón Martínez

© Fotografía de portada: Jesús Chacón Martínez

📧@jesus_chaconmartinez

© Ilustración: José María Pérez González, Peridis

ISBN: 979-13-87814-04-5

ISBN digital: 979-13-87814-05-2

Depósito legal: M-9530-2025

Editorial Adarve

c/ Luis Vives

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Gracias a todos los que aparecen en el libro

10 de junio de 2001

El día despertaba, pero yo no con él. Me limitaba a estar presente sin estar. Estaba dentro del coche camino de Madrid rumbo al aeropuerto, dirección desconocida. Eso no es cierto, porque el destino estaba perfectamente marcado. Llevaba meses, incluso años, deseando que esto fuese real, pero ahora que lo estaba viviendo no quería hacer el menor ruido para no despertar de mi sueño.

No quería comportarme de una manera distinta a la habitual, no quería dar la impresión de que estaba nervioso, porque estaba muy nervioso. Pensé qué podría hacer, qué podría decir si todo fuese como antes, con el único fin de que nadie notase mis nervios. Por eso, lo único que se me ocurrió decir nada más arrancar el coche con todo lo necesario dentro, es decir, dos maletas, una que pesaba muchísimo llena de ropa, papeles, un diccionario que fue de mucha más ayuda porque no se limitó a un contenedor de palabras, bolígrafos, pasaporte, dinero... fue: «Vaya, creo que se me ha olvidado una cosa». Fue lo único que pude decir.

Seguro que no era lo mejor que podría haber dicho, pero pensé que eso era muy yo. Aprovecho ahora para pedir perdón por cómo soy o por cómo creo que soy.

Estábamos saliendo de Cuenca. Estaban haciendo la autopista que daba acceso a la ciudad y unas luces intermitentes redondas naranjas marcaban el camino. No se me ocurrió otra cosa que decir que se me olvidó coger una de esas luces para ponerla en mi habitación porque, cuando volviese, la obra ya habría terminado y ya no habría esas luces que tanto llamaban mi atención.

Ya he dicho que lo siento, soy así. Lo único que quería era disimular los nervios que me devoraban y pensé que con esa frase muy mía lo conseguiría. Dudo que tuviese el efecto que buscaba, pero era lo único que podía hacer.

En Barajas no era plenamente consciente de dónde me estaba metiendo. Estaba en una calma tensa, no quería pensar en ello y al mismo tiempo quería pensar en positivo.

Ya estaba solo, ya no tenía a nadie a mi lado en quien apoyarme, refugiarme. Todos los preparativos que habían hecho posible este viaje estaban desfilando por mi mente al mismo tiempo que desaparecían. La aventura comenzaba.

Entrando al avión, con retraso sobre los horarios que tenían confirmados, la azafata, que saludaba a todos los pasajeros en inglés, «good morning», a mí me dijo «buenos días»; me hizo gracia y no le di más importancia. Pero lo que de verdad pensaba es que debo tener una pinta

que no engaña a nadie y, más aún, si no puedo engañar a nadie, no creo que sea capaz de aprender un idioma. ¿Qué estoy haciendo, qué hago aquí? Todavía estoy a tiempo. No, ya no hay tiempo.

Yo estaba en ventanilla y a mi lado se sentó un hombre de mediana edad, alemán y, como diría mi madre, de buena familia. Bastante alto, llevaba un bigote que le hacía aparentar más edad de la que tenía. Al otro lado del pasillo estaba un compañero de viaje del del bigote, aunque este más trajeado. En realidad, era un grupo bastante numeroso de alemanes de regreso al hogar. Yo era el único que desentonaba entre tanto germano. Era una isla dentro del avión, aunque por todos los medios intenté convertirme en una península. Llevábamos sentados esperando que el avión comenzase a rodar por la pista el tiempo suficiente como para que mi compañero y yo empezásemos a mirarnos sin saber qué decir por razones obvias y sonreírnos por la sensación tensa de espera que vivíamos. En ese momento de zozobra involuntaria se oyó un mensaje por megafonía. El comandante nos dijo que nuestro vuelo se retrasaba y que saldríamos a las 12:07 h, cuando teníamos que haber salido a las 11:15 h (aunque luego salimos un poco antes de las 12:00). El hombre del bigote me preguntó, más bien se giró hacia mí y señaló el reloj, porque el comandante lo había dicho solo en español. Le dije cuándo despegaríamos en alemán, claro, pero no sé si me entendió o no, porque me respondió en inglés. Las dudas sobre mi capacidad aumentaban, pero se disiparon cuando vi que se giraba

y le decía al trajeado exactamente lo que yo le había dicho en alemán, que saldríamos a las 12:07 h. Había sido capaz de hacerme entender ante un problema de la vida diaria en alemán: ¿Qué hora es? ¿A qué hora sale el tren? Examen aprobado.

Después de que la azafata nos quitase la bandeja de la comida, volví a intentar establecer un nuevo contacto con mi compañero de viaje en alemán, claro. Le ofrecí un caramelo y esta vez sí me lo aceptó con agrado. Prueba conseguida, podía tranquilizarme un poco.

En Frankfurt, una nueva aventura surgía, aunque en realidad era la misma, solo que disfrazada; era un brazo distinto, pero el pulpo era el mismo. Dónde estaba mi maleta y dónde tenía que ir para recogerla. Era plenamente consciente de que la respuesta a esas preguntas estaba en todos los carteles que veía, pero igualmente sabía que mi nivel de alemán me obligaba a seguir a los demás pasajeros que, como yo, buscaban el equipaje. Al lado del del bigote, del trajeado y del resto de su grupo pensé que estaba en el sitio correcto, ahora solo habría que esperar. Una vez descubierto el sitio donde entregaban el equipaje y después de salir por la aduana, sin novedad por supuesto, una mujer bastante alta, compleción fuerte, media melena y con un cartel de la escuela se acercó a mí balbuceando mi nombre. Yo le pregunté, quizá también balbuceando, el suyo en alemán. Me había colocado un tríptico que tenía de la escuela, un tríptico

con un tono azulado en el que se leía en español «Cursos de alemán» y que en la portada tenía la cara de una mujer y en la parte de abajo, en letras naranjas se leía: «der? die? das?», en el bolsillo de la camisa, blanca, como quedamos de antemano para que no hubiese la menor duda; camisa blanca y unos pantalones chinos color marrón claro. Ese era mi uniforme, ese era el uniforme que dije que llevaría en el aeropuerto para que los de la escuela me pudiesen reconocer y facilitarles en la medida de lo posible el juego: *Dónde está Wally*. Ya sabían cómo iba Wally. Intercambiamos dos o tres palabras hasta llegar a su coche. Allí nos esperaba su marido, bastante más alto que ella y bastante más fuerte. Cogió mi equipaje y lo metió en el maletero, abrió las puertas del coche, estiró el brazo y con una sonrisa en la cara me indicó dónde podía sentarme. Entre ellos se dijeron algo y comenzamos el viaje desde Frankfurt am Main a Bamberg. Desde el aeropuerto hasta que me dejaron en la casa estuve en silencio más de dos horas.

Llegamos a la casa, cogí mis maletas y ellos se fueron. Allí estaba yo; la familia, el padre y la madre salieron a esperarme al portal, un hombre bastante grande prototipo de lo que es un alemán, mientras que de ella no podría decir lo mismo, y allí llegó el primer palo. La puerta del piso estaba abierta, pero a mí no me metieron dentro, me llevaron con mis maletas a un sótano, trastero, tampoco era así efectivamente, pero para el caso era lo mismo. Tenía que atravesar la puerta de la calle y, en vez de entrar

a la casa, tenía que bajar unas escaleras que daban a eso, un trastero, andar por un pasillo y al fondo se encontraba lo que sería mi habitación, grande, eso sí, tenía una televisión dos radios, una de ellas que se apaga sola y otra que no había visto nunca. Era como una cadena de música, un CD, pero solo radio. Me dieron unas cuantas instrucciones: las luces apagadas por la noche, la del pasillo, claro, la de mi habitación como yo quisiese, tendría mi propio cuarto de baño al comienzo del pasillo; solo papel higiénico se puede echar, otros consejos para la ducha y poco más. Me dijeron que fuese deshaciendo las maletas y que subiese a la casa después. Eso fue lo que hice, pero ya fui consciente de la aventura en que me había metido y la pregunta era ¿por qué cojones me había metido en esto? Y ahí me tienes, una vez deshecha la maleta, con los regalos que mi familia había comprado a esta gente en la mano y dudando entre llevárselos o meterlos otra vez en la maleta y decir que yo me iba de ese lugar. Al final cogí los regalos y subí, les di la torta de alajú y la botella de resoli con forma de las casas colgadas, y parece que les hicieron mucha ilusión. La madre me dijo que si el alajú era un postre árabe y lo único que yo le pude decir es que seguramente, pero lo que sí era un postre típico de donde yo soy.

Aquí fue cuando aproveché para decir de dónde era yo y utilicé lo que me había enseñado Tina: que en alemán no se puede emplear el verbo *estar* para decir dónde está una ciudad, por lo que me armé de valor y dije que soy de una ciudad que se llama Cuenca y que Cuenca se

haya tendida entre Madrid y Valencia. Al oír Valencia, al padre se le iluminó la cara; si no conocía la ciudad, por lo menos el equipo de fútbol sí, ya que no hace mucho, el 23 de mayo, el Valencia había perdido la final de la Liga de campeones frente al Bayern de Munich.

La verdad es que el matrimonio era muy simpático y mi sensación era que se desvivían porque yo entendiese algo de lo que decían.

En el salón estuvimos hablando un rato o, por lo menos ellos, y yo escuchando. Presidía la sala una especie de póster enmarcado de un hombre mayor con una gran barba blanca y bigotes que llevaba un turbante dorado en la cabeza. Me quedé mirándolo y Michael me dijo que su mujer era de allí, que había venido a Alemania a estudiar y terminaron casándose. En ese momento me preguntó que de qué país creía que era su mujer. Me di cuenta de que la mujer me miraba sin decir nada esperando mi respuesta, y en mi cabeza solo tenía dos posibilidades, India o Pakistán. Me incliné por la que pensaba que sería más factible y acerté, India.

Estuvimos viendo el premio de Fórmula 1. No sé cómo puede gustar eso a alguien, bueno, a ellos, claro. El primero y el segundo fueron alemanes, los hermanos Schumacher. Pero, objetivamente, consiste en ver por la tele a coches dando vueltas y vueltas y vueltas y más vueltas a un circuito.

La mujer me preguntó si había algún piloto español y, como no tenía ni idea, me estuve fijando en los nombres

que aparecían en la pantalla. Vi uno que se llamaba Montoya y pensé «pues ese». Le dije que probablemente ese tendría que ser español, a lo que la mujer se me quedó mirando y me dijo que no creía que ese fuese español.

Tenía razón, porque Juan Pablo Montoya era colombiano.

Cuando estábamos viendo la carrera, llaman a la puerta. Era Alexandra, la amiga de Tina, la dueña de la academia. Parece ser que se abrieron las puertas del cielo, por un momento abandoné todas las negras ideas que pululaban por mi cabeza.

He de reconocer que Alexandra es muchísimo más guapa de lo que yo creía por la única foto que tenía de ella, la del tríptico de la escuela, claro que creo que ella debió pensar lo mismo de mí, porque me dijo que no me parecía a la foto que había mandado, y no es por presumir, pero ahora estoy mucho más bueno que hace tres años, que era cuando me hice esa foto.

Estaba lloviendo y Alexandra tenía el pelo ligeramente mojado, con ropa deportiva, tremendamente atractiva.

Parece que eso me animó, pero Alexandra se fue y yo me quedé allí. Cenamos y yo me bajé al «sótano». El hombre me dijo que mañana lunes me acompañaría a la escuela para mostrarme el camino. La verdad es que no puedo tener queja ninguna, no hacen mas que decirme que todo lo que necesite que por favor se lo diga.

Creo que fue durante la cena cuando me dijo él que su mujer era algo así como diseñadora textil, de él no dijo nada, y yo creo que él es el portero de la casa, porque por las mañanas siempre está él preparándome el desayuno, ella no está, solo él; los hijos tampoco están. Esta semana están durmiendo a la hora que yo me voy porque, conforme me dijeron los padres, esta semana tenían vacaciones. La verdad es que con los hijos no he tenido trato ninguno.

11 de junio de 2001

La mañana del lunes 11 de junio, después de desayunar, salimos juntos el padre de familia y yo. El señor Pohl cogió una bicicleta y me acompañó. Dijo que a la vuelta él volvería en bici. Durante el camino me explicó todo lo que era importante, la historia de la ciudad, los sitios donde se compra más barato, calles... Es un hombre tremendamente cordial. Creo que fue ese día cuando me entero de que en el piso de arriba hay una consulta médica, que curiosamente esa semana también estaba de vacaciones, y en el piso superior vivían los padres de él, jubilados, ella médica jubilada, y que estaban de vacaciones en Austria.

Salimos de la casa, Geyerswörthstrasse abajo, dejando el parque a mano derecha, donde me explica las dos estatuas y la historia que tienen, me enseña un atajo que hay aquí cruzando el río y enseguida estamos en Grüner Markt, donde me dice que encontraré todas las tiendas que quiera, libros, ropa, periódicos, mercado, todo, cosa que terminé comprobando y dándole la razón. Maximiliansplatz se quedó atrás, la plaza donde se ponen los puestos

de fruta fresca y verduras por si quería comprar algo así, me dijo. Cruzamos el río Regnitz y ya estábamos en Obere Königstrasse 23. Total, unos 15 minutos. Él se marchó con su bicicleta al trabajo y yo me quedé en el instituto.

Se me ha olvidado contar que, tal como me dijo Tina, lo primero que hicieron al verme llegar y enseñarme mi habitación fue darme una llave de la casa, una llave del portal, porque para pasar donde estaba yo no hacía falta ninguna llave, bastaba con abrir dos puertas que no tenían llave ninguna de las dos.

Mientras iba con él camino de la escuela y durante la noche anterior no hacía mas que pensar que, bueno, no pasa nada, si en la casa no estoy a gusto, los días se me pasarán rápido si estoy a gusto en la escuela y estoy deseando ir a ella, total, la mañana estaría en la escuela y por la tarde, bueno, por la tarde ya habría transcurrido la mitad de un día, un día menos para el regreso.

En algunos momentos era consciente de que no podía aguantar aquí seis semanas, ¡seis semanas! Válgame Dios, ¿es que no podía haber elegido menos tiempo? Y otra vez la misma pregunta: ¿por qué cojones me apuntaría a esto?, a la que se añadía otra nueva: ¿por qué cojones seis semanas?

Este día no fue una fiesta porque en la escuela también me dieron un buen palo. A primera hora examen. Todo bien, controlaba, hasta que llegamos a partes que

no había visto nunca, formas de frases que no sabía por dónde cogerlas. Los que estaban haciendo el examen en mi aula estaban terminando y salían, de modo que al final quedamos una japonesa, Atsuko, de 47 años, casada, que vestía como una japonesa de 50 años, trajes amplios oscuros y de una pieza y con un sayo también oscuro, y yo. El último ejercicio era escribir una carta a un amigo de lo que había hecho desde que cogí el avión hasta el momento del examen, lógicamente, en pasado, y esa fue la mía, ahí me explayé a gusto. Creo que no cometí ni un solo fallo en un folio escrito y, claro, volví a coger fuerzas.

Otro ejercicio consistía en describir una imagen, una fotografía en la que se veía un palacio y tenía que escribir lo que veía. Era relativamente fácil porque siempre podrías decir veo un castillo, un palacio o una casa muy grande, también veo un jardín y árboles.

Pero eso era demasiado fácil. Dije que había muchas ventanas y, por suerte, yo no tengo que limpiarlas: *Zum Glück muss ich sie nicht putzen.*

Entregué el examen y me quedé en clase esperando a que el resto de alumnos terminasen también. Vi que el profesor, Christoph, muy alto y muy delgado, con gafas y un ligero principio de alopecia, empezó a corregir mi examen y le debió hacer gracia lo de las ventanas, porque vi cómo se reía.

Después de clase, a las 13:00 h, la escuela había quedado para comer en un restaurante. El restaurante Ka-

chelofen, donde disfrutaremos de las especialidades de la zona. Y ahí estábamos un grupo de alumnos con los profesores y esa fue otra, no sé si has leído una carta en un restaurante alemán, ¿pero qué cojones será eso? Total, que me ayudaron a elegir una señora americana muy simpática, Rebeca, y otro americano, Mike, del que me he hecho amigo enseguida. Creo que soy el más joven de la escuela y, la verdad, ese es un cambio que me gusta, porque de esa señora yo podría ser su hijo pequeño, el pequeño de una familia numerosa, porque es fácil que ronde los 60 y, en cuanto al americano, eso sí lo sé, 50.

12 de junio de 2001

Al día siguiente, al salir de clase, yendo hacia la casa, pregunté a un hombre dónde estaba un puente famoso aquí, el Obere Brücke. Ese puente es por lo que es conocida la ciudad. Si solo se pudiera hacer una foto de la ciudad para decir cómo es a alguien que no la conoce, no habría duda, y el tío va y me dice que no me entiende, pero que vaya a la oficina de turismo, que allí sí podrán ayudarme. Total, que le di las gracias y me marché cabizbajo. «Este día va a ser largo», pensé yo.

¡Joder! En España a la inversa. Yo me habría desvivido por entender a ese hombre y porque él me entendiese a mí.

A las 19:30 h la escuela había organizado una excursión en bicicleta, solo duraría 30 minutos y después iríamos al Café Luitpold en Schönleinsplatz.

Solo fuimos tres personas, Alexandra, Mike el americano y yo. Ver a Mike, el típico americano que estamos hartos de ver en películas o en series de televisión, casi 1,90, bastante fuerte, rubio con el pelo muy corto, con

gafas y con bigote, que no se separaba nunca de su teléfono móvil y que a veces lo llevaba enganchado en el cinturón en una bicicleta que se notaba que no era suya, me devolvió las ganas de estar aquí.

Quise ir porque de esa manera estaría menos tiempo en la casa, porque el día anterior estuve desde las 18:00 hasta las 22:00 h, hora en que me acosté, viendo la tele.

Y bien es verdad que estuve menos tiempo en la casa. Quedamos a las 19:00 h en la escuela y regresé a la casa a las 0:00. Fue aquí cuando conocí a Joachim, la pareja de Alexandra, un hombre tremendamente simpático que me dejó una bicicleta para la excursión; en el sótano de la escuela es fácil que hubiese más de 100 bicicletas, las cuales las podías alquilar. Dimos un magnífico paseo, ¡hay que joderse cómo monta la tía, nos dejaba atrás sin quererlo ella, o sea, que si llega a querer...! Después del paseo nos sentamos en una terraza del Café Luitpold, donde se fueron incorporando más estudiantes que no habían ido con la bici. Me tomé una cerveza que por el cansancio, por la sed o porque sí me supo a gloria, y allí estuvimos hasta las 0:00. Alexandra me dijo cuál era el camino que tenía que coger de vuelta y eso hice, acojonado, pero llegué.

Pasaron muchos años para que un recuerdo volviese a mi mente. Estaba en el instituto y un compañero de clase, el que sin duda era el más inteligente de la clase, Roberto B., nos decía cómo fue el verano que pasó en Alemania. Contaba la aventura que pasó una noche de camino

a casa en bici, borracho perdido, intentando encontrar el camino correcto, tarea difícil si estás borracho en una ciudad que no conoces y vas en bici. Una aventura.

Puede decirse que yo hice más o menos lo mismo que Roberto, aunque no caí en ello hasta mucho más tarde.

La última vez que le vi fue en el examen de acceso a la Universidad.

13 de junio de 2001

Hoy día 13 ha sido un gran día. Se me ha pasado un poco la morriña, pero sigo preocupado por el tema de la tarjeta y del dinero, claro está, porque me he dado cuenta de que la tarjeta bancaria que tengo yo no funciona.

Y eso que en la escuela me he aburrido como un calamar. Estábamos dando cosas que yo ya sabía y, ¡hay que joderse, qué lenta es la gente hasta que coge las cosas! Encima, en mi clase, Atsuko, que me caía muy bien, se ha ido a otra, no sé por qué, y ha venido una canadiense, Lynda, de unos 55 años, que es tartamuda, y cuando es su turno y tiene que hablar, yo no sé cómo los profesores la entienden. Total, que la clase de hoy ni fu ni fa; eso sí, el profesor de la primera hora, Christoph, cuando decía de hacer un ejercicio, mientras los otros dos estaban cogiendo el boli para ver qué tenían que hacer, yo ya había dejado el boli en la mesa y el ejercicio hecho, y eso el profesor lo ha visto.

Después de comer he ido a comprar unas cosas y, de paso, para ver dónde quedaba el puente ese el Obere

Brücke. Pues bien, en el puente estaba haciendo unas fotos cuando un hombre (80 años) me pregunta si es que no soy de aquí. Le digo que no, que soy extranjero, y me dice que de dónde, y al decir España, al hombre se le han abierto los ojos, casi me ha contado su vida, medio en alemán medio chapurreando español, y yo intentaba responderle chapurreando alemán, pero nos hemos entendido. El hombre estuvo en España hace cuarenta años y quiere comprar una casa por Cataluña. Cuando estuvo, recorrió el Ebro (quizá estuvo durante la guerra). Quería saber de dónde era yo, qué hacía, dónde estaba viviendo, con una familia..., cuánto costaba... El hombre tiene a su mujer enferma y para operarla necesita una barbaridad de dinero. En un momento se ha sacado una chuleta que llevaba con los cambios de las monedas con respecto al marco y me ha dado cinco marcos. Yo no quería, claro, pero él ha insistido, así que los he cogido. Quería pedirle si me dejaba hacerle una foto, pero perdí la ocasión. Después de diez minutos hablando no me atreví a decírselo, nos dimos la mano y desapareció. Mientras estaba hablando con ese hombre, un par de mujeres, quizá madre e hija, la madre tendría 80 años e iba con un vestido claro casi blanco, se nos acercaron. Claro, oyeron al hombre hablar alemán y se acercaron a nosotros para preguntarnos una dirección, pero lo mejor fue que ¡me estaban mirando a mí y no al hombre cuando preguntaban por no sé qué, me miraban a mí! Lógicamente, el hombre las sacó del error, les dijo que yo era extranjero y, después de decirles dónde estaba por lo que

preguntaban, permanecieron junto a nosotros un rato hablando. ¡Y yo hablaba con la madre! Y ella me decía que hablaba bien. Mentira, lo sé, pero me hizo muy feliz; hablábamos de lo que supuso la dictadura para España y lo que supuso para Alemania tener al frente a dos tipos como Franco y Hitler, y de lo bien que se puede vivir en democracia. ¡Y yo estaba hablando con ella de eso! Se despidieron de nosotros, yo le di la mano a la mujer mayor y nos dijimos adiós. Al poco tiempo, igual con el hombre, un apretón de manos. Le di muchas gracias y nos dijimos adiós. Desde luego, ha sido un día para recordar.

La idea del diario que me rondaba por la cabeza desde que pasé esos malos ratos ha vuelto a aparecer, esta vez con mucha más fuerza. Sería una forma de recordar por lo que pasé, pero también una forma de evadirme de mis pensamientos durante un rato hasta el día siguiente.

14 de junio de 2001

Hoy he soñado con C. M. G., ojalá sea una señal y quiera decir que en cuanto vuelva para Cuenca nos podamos encontrar y podamos comenzar al fin una relación. En mi sueño, estaba tan guapa como siempre y estaba trabajando para el diario *El País*. Si ya estaba ansioso por volver, este es un aliciente más. Ojalá pasen los días rápido y esté junto a ella como siempre he querido. En mi sueño, como ya he dicho antes, no había cambiado nada, seguía con su melena rubia rizada, y menos mal. Me acuerdo la primera vez que la vi, fue en la Universidad y fue en la primera semana del curso, todo normal. La semana terminó, era viernes y hasta el lunes no volveríamos a vernos.

Pero el lunes llegó alguien distinto, alguien que había ido a la peluquería y se había cortado el pelo, se había hecho una permanente queriendo parecer una mujer mayor, una mujer que estaba en la Universidad. No sé a quién haría caso para hacerse eso, porque el lunes no pareció una mujer mayor que estaba en la Universidad, apareció una abuela.

Sé que estuvo esperando día tras día, mes tras mes, a que el pelo volviese a crecerle y volviese todo su ser, todo como era antes de ese fin de semana.

Y así fue, lo consiguió, tremendamente atractiva.

El día anterior se me olvidó decir que a la hora de la comida le dije a la familia que hoy no podía desayunar porque había quedado a las 7:45. No había clase, pero habíamos quedado para la Fronleichnamspzession. Total, que a la hora de la noche, cuando me iba a acostar, salgo al pasillo y veo la luz encendida. Me acerco al baño y en la repisa que hay en el pasillo, cerca del baño, me encuentro con que me habían dejado una taza, un litro de leche y un cruasán para que pudiese desayunar. Fue todo un detalle, desde luego, y me dio muchas fuerzas en mi lucha interna de mi estancia aquí. La leche no la abrí porque esa misma tarde había comprado un brik.

Hoy he estado en una misa al aire libre en la plaza de la catedral, Domplatz, por eso el quedar tan pronto. Alumnos solo estaba yo y, eso sí, estaban dos profesores, Christoph y Norbert, siempre con su traje y su corbata y su pelo largo y liso que le llegaba por los hombros y que le daba un aspecto de estrella del *rock*. Durante la misa, la sensación que tenía era tremendamente rara e incluso pensaba que esta era una verdadera prueba de la existencia de Dios, el hecho de que en dos culturas, en dos idiomas completamente distintos, la gente hiciera los mismos ritos en un lado que en otro, y cuando la gente

cantaba los himnos religiosos, de verdad te digo que no me habría costado nada comenzar a llorar no de pena, sino de emoción, de ver que algo grande puede existir.

Puedo decir también que he formado parte de una procesión en Alemania, en Bamberg, al menos de testigo. Un pendón a modo de bandera que tenía la figura del rey y la reina sosteniendo la maqueta de la catedral dirigía la procesión, ambos con capa roja, pero el rey con túnica azul y la reina con túnica verde. Después iban las fuerzas de la ciudad, eso sí, precedidas de cinco soldados con casaca azul, pantalones blancos y botas negras que les llegaban por encima de las rodillas, y en la cabeza una especie de minisombbrero que era curioso porque todos lo llevaban torcido. Un coro de niños vestidos con túnicas blancas seguían a las autoridades y, ya después el paso, una cruz de cristal llevada por dieciséis banceros, cuyo uniforme consistía en pantalones negros, zapatos negros y camisa blanca, eso sí, con una cinta de flores en la cabeza.

Después íbamos los dos profesores, una amiga de Norbert y yo detrás de la procesión, que ha recorrido la parte antigua de la ciudad, cosa que no he hecho nunca en España, pero esa sensación ya no volvió a aparecer.

Posteriormente, más alumnos estaban esperando nuestro paso por el punto de encuentro y todos juntos nos hemos ido a comer a un *biergarten*, mi primer *biergarten*, Brauerei Greifenklau en Laurenziplatz, y, la verdad,

tampoco es tanto como me decían.

Unas grandes mesas para unas dieciséis personas o más según juntases las sillas a la sombra de los árboles y todo acompañado de jarras de cerveza de medio litro. Allí estaba con Joachim, Christoph, Atsuko, Rebeca y más alumnos ingleses, brasileños norteamericanos, canadienses...

Mientras íbamos de camino, he tenido la sensación de que todas las mujeres del curso, alumnas se entiende, querían estar a mi lado y que todas querían hacerse una foto conmigo. Esta es una sensación nueva para mí y, la verdad, es que me encanta ser el centro de atención por mi físico, aunque también es verdad que doy conversación e incluso a una le resuelvo dudas gramaticales en alemán. Bien es verdad que todas son mayores o mucho mayores que yo, pero no importa, lo que cuenta es la sensación de sentirme deseado, de sentirme el centro de las miradas femeninas. Es otra sensación nueva para mí, porque hasta ahora era yo el emisor de las miradas, pero ahora también soy el receptor. Y me gusta.

Por la tarde, y para celebrar el subidón que tenía, salí a dar una vuelta por la ciudad. A lo largo de Grüner Markt había una fiesta o eso es lo que me parecía a mí, porque las calles estaban llenas de vida, llenas de gente disfrutando de todas las actividades que podían hacer. Varias bandas musicales ubicadas estratégicamente a lo largo de la calle para impedir que las canciones se solapasen unas

encima de otras. De camino a Maximiliansplatz estaba tocando una banda que parecía que estaba formada por *boy scout*, al menos esa impresión me dio a mí al ver el uniforme que llevaban.

En la plaza del mercado, la agencia de viajes de Kars-tadt había montado una atracción parecida al Circo del Sol. Dos ruedas gigantes de unos cinco metros de diámetro y dos bicicletas adaptadas para recorrer el perímetro por dentro y que necesitaban gran velocidad para no caerse y seguir dentro de la rueda. Desde luego que parecía un espectáculo del Circo del Sol. Alucinante.

De vuelta ya para casa, donde antes estaban los *boy scout* ahora estaba una banda con uniforme militar y uno de ellos, en un mástil, llevaba la bandera de Suecia.

Un día para recordar.